

Buenos o justos

Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es



Tengo dicho desde hace mucho tiempo que hay dos tipos de libros: los que se leen de corrido, sin grandes complicaciones para el lector, goce o no con ellos, y los que precisan de un bloc de notas al lado pues de entre sus párrafos conviene entresacar reflexiones enjundiosas, datos interesantes, curiosidades, moralejas o, simplemente, palabras bellamente encadenadas. Por fortuna, durante los últimos años he tenido la suerte de leer muchos de estos últimos. En ellos siente uno el palpito de los autores, percibe en el caudal de su prosa un aluvión imponente de sabiduría, aunque tampoco falta, de cuando en cuando, alguna majadería.

Entre los escritores que conviene disfrutar con libreta y bolígrafo a mano está Víctor Hugo. Cierto es que su propensión a colar en el texto ensayos históricos, arquitectónicos, religiosos o morales puede hacer áridas algunas lecturas, aunque quizá no tanto como la de Moby Dick, en la que Melville se empeña en distraernos de una historia que afortunadamente nos contaron de mozos bien resumida, yéndose por las ramas en mil detalles que, en mi modesta opinión, ni aportan nada especialmente interesante ni ayudan a que el lector arda en ganas de continuar con el texto. Pero vuelvo a Hugo, del que acabo de repasar mis notas, tomadas cuando hace años me metí entre pecho y espalda Los miserables.

Aparece allí un implacable perseguidor, el policía Javert, «un salvaje puesto al servicio de la civilización» (Hugo dixit), empeñado en

la caza de Jean Valjean. No me detengo, no faltaría más, en resumir la historia, ni en elucubrar sobre el final del perseguidor. Pero tengo que dejar aquí constancia de mi admiración por una frase que el escritor galo pone en la boca o en el magín, no lo recuerdo ahora, de Javert: «¡Cuán fácil es ser bueno, pero cuán difícil es ser justo!» Quizá la filosofía del fiat iustitia et pereat mundi, o como rayos se escriba, la que Kant plasmaba a través de su imperativo categórico en la necesidad de que una sociedad que estuviera a punto de extinguirse debía hacer cumplir las penas impuestas a los reos, anima al policía incansable.

Ser bueno es lo que está de moda, queridos (y tal vez hoy aburridos) lectores. Ser justo es sumamente difícil. El buenismo tiñe todos los ámbitos sociales. Lo políticamente correcto se enseñoorea de medios de comunicación, tertulias, foros políticos, órganos colegiados, tabernas y mesones (en los que medran catedráticos que todo lo arreglan con la punta de la nariz)... Cualquier opinión que en comparación con la vara de medir buenista sea discordante es declarada anatema. Crujen las cuadernas de las concepciones clásicas, se desgajan los pilares de la literatura por la autocensura... Javert era probablemente tan antipático como necesario, y choca con un Valjean al que el lector tenderá siempre a situar en la mira de sus simpatías. O no, que podemos interpretar con distintos criterios el fondo y la forma de la magistral obra del galo.

Por cierto, hay mucho que aprovechar de Monsieur Hugo, aunque no escasean en su obra opiniones radicales, qué curioso, él que se esforzaba en definir qué cosa era ser ultra.

No le demos más vueltas. Disfruten del verano.